

# **Movilizaciones católicas en tiempos de represión y dictadura. Sociedad, régimen militar e Iglesia Católica en la Argentina, 1976-1982<sup>1</sup>**

Miranda Lida\*

## *Introducción*

Las explicaciones que con frecuencia se leen acerca de la última dictadura militar oscilan entre dos posiciones. Por un lado, están aquellas que han llamado la atención sobre la existencia de una larga tradición autoritaria, de hondo arraigo en la historia política argentina, que habría jugado un influjo decisivo en el cariz que adoptó la dictadura de 1976<sup>2</sup>. Desde la década de 1920, el desarrollo del nacionalismo, junto con el integrista católico, el influjo de las ideas corporativistas inspiradas ya sea en el fascismo italiano o en la *Action Française* de Charles Maurras, entre otras influencias ideológicas, habrían servido de fermento para la consolidación de un férreo autoritarismo político que rechazaba de lleno el sufragio universal, el pluralismo o la plena vigencia de las instituciones democráticas. Tanto por influencias foráneas como por una larga tradición vernácula, se ha argüido con insistencia que el autoritarismo gozaba de enorme predicamento en un país como la Argentina. El catolicismo, por su parte, habría aportado una cuota nada insignificante al fortalecimiento de esta tendencia autoritaria. A la luz de una larga historia que desembocaba casi naturalmente en el autoritarismo, 1976 podía ser explicado desde esta perspectiva como un resultado necesario del devenir histórico. En sus distintas

---

<sup>1</sup> Una versión preliminar de este artículo fue presentado en el II Coloquio Historia y Memoria, Universidad Nacional de La Plata, septiembre de 2006. Agradezco los comentarios de Daniel Lvovich.

\* Universidad Torcuato Di Tella- Conicet, Argentina. Correo electrónico: [mlida@utdt.edu](mailto:mlida@utdt.edu)

<sup>2</sup> En este sentido, por ejemplo, se destaca la obra de Alain Rouquié, *Autoritarismo y democracia. Estudios de política argentina*, Buenos Aires, 1994.

versiones, una explicación de este tipo sufre innegablemente del vicio de la teleología dado que presenta el devenir histórico plagado de coherencia, como si el resultado final habría constituido una meta al que inevitablemente se debía arribar. No habría habido, pues, más alternativa que desembocar en 1976...

Otra interpretación, más atenta sin embargo a los pormenores del devenir histórico y sin tanta preocupación por las tradiciones de largo plazo, ha llamado la atención sobre los propósitos inmediatos que guiaron a los militares que se hicieron del poder en 1976. Dos factores habrían jugado aquí un papel clave. Por un lado, se contaba la necesidad de poner un punto final a la guerrilla, que había encontrado su clímax en los tramos finales del gobierno de Isabel Perón. Una sociedad por completo desquiciada requería un remedio drástico y definitivo; no eran pocos los que suscribían la idea de que era necesario resolver de manera contundente el reclamo de paz social. Por otro lado, también la economía estaba igualmente desquiciada y necesitaba remedios drásticos y definitivos. El “terrorismo de Estado”, por un lado, y el plan económico de Martínez de Hoz, por el otro, se presentaban desde esta perspectiva como los dos principales elementos dentro de un vasto plan de conjunto que procuraba reformar la sociedad “desde arriba”<sup>3</sup>. Cancelar definitivamente el fermento de la disolución social que encarnaba la guerrilla y sanear la economía de sus “vicios” heredados —en especial— desde la época peronista constituyeron prioridades impostergables que sólo podían ser atendidas en el marco de un régimen *de facto*. Se trataba de drásticas terapias destinadas a curar dos grandes males que se hallaban inextricablemente relacionados entre sí. Desde esta perspectiva, pues, se cree que habría habido un proyecto más o menos coherente y premeditado que inspiró y guió a los militares que se hicieron del poder en 1976.

---

<sup>3</sup> En este sentido, se destaca la obra de Marcos Novaro y Vicente Palermo, *La dictadura militar. Del golpe de Estado a la restauración democrática.*, Buenos Aires, 2003.

No es la coherencia de este proyecto lo que discutiremos aquí. Esta tarea ya fue emprendida por otros historiadores con argumentos más sólidos de los que podríamos ensayar en estas páginas<sup>4</sup>. Nos interesa más bien llamar la atención sobre la relación entre la sociedad y la dictadura, una relación que ha sido soslayada en general en la historiografía, tal como ha sido señalado con acierto por Hugo Vezzetti<sup>5</sup>. Quiérase o no, la “teoría de los dos demonios”, tan en boga en los años inmediatos a la caída del régimen militar, parece haber calado más hondo en la historiografía de lo que ésta habría estado dispuesta a admitir. No porque los historiadores se permitieran admitir una interpretación tan simplificada y vulgar como aquella, sino porque en su relato histórico tanto los militares y la guerrilla —aún con sus respectivas facciones— suelen ser los dos actores por excelencia a los que se les presta atención en la explicación que se ofrece de este período. Por fuera de ellos, a lo sumo la preocupación se extendió cuando mucho a contemplar el papel que jugaron algunos factores que se considera relevantes para explicar la historia política de este período, tales como los partidos políticos, los organismos de derechos humanos, la prensa o las jerarquías eclesiásticas en su relación con el régimen<sup>6</sup>. Carecemos sin embargo de un cuadro de conjunto que nos permita captar la actitud de la sociedad, en un sentido amplio, ante el régimen militar. Éste es el aspecto al cual nos interesa aproximarnos

---

<sup>4</sup> En este sentido, Hugo Quiroga, *El tiempo del “Proceso”. Conflictos y coincidencias entre políticos y militares, 1976-1983*, Rosario, Homo Sapiens : Fundación Ross, 2004.

<sup>5</sup> Llamó la atención sobre este aspecto Hugo Vezzetti, *Pasado y presente. Guerra, dictadura y sociedad en la Argentina*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2002. También, Luis Alberto Romero, “La democracia y la sombra del proceso”, en César Tcach y Hugo Quiroga, *Argentina, 1976-2006. Entre la sombra de la dictadura y el futuro de la democracia*, Rosario, Homo Sapiens, 2006.

<sup>6</sup> La relación con los partidos políticos fue abordada por Quiroga en el trabajo citado. La relación con la prensa fue tratada por César L. Díaz. *La cuenta regresiva. La construcción periodística del golpe de Estado de 1976*. Buenos Aires, La Crujía, 2002; Ricardo Ferreira, *Una historia de la censura. Violencia y proscripción en la Argentina del siglo XX*, Buenos Aires, Norma, 2000; Eduardo Blaustein y Martín Zubieta, *Decíamos ayer. La prensa argentina bajo el Proceso*, Buenos Aires, Colihue, 1998; Andrew Graham-Yoll, *The Press in Argentina, 1973-78*, Whitesand Educational Scholar Trust, 1979; Ricardo Sidicari, *La política mirada desde arriba. Las ideas del diario “La Nación” (1909-1989)*, Buenos Aires, Sudamericana, 1993. Sobre la relación entre la Iglesia y la dictadura: en clave testimonial, Emilio Mignone, *Iglesia y dictadura. El papel de la Iglesia a la luz de sus relaciones con el régimen militar*, Buenos Aires, Ediciones del Pensamiento Nacional, 1986; Martín Obregón, *Entre la cruz y la espada. La Iglesia Católica durante los primeros años del Proceso*, Bernal, Universidad Nacional de Quilmas, 2005.

en estas páginas, aunque sólo fuere con el objeto de sugerir algunas pocas intuiciones interpretativas.

Suele decirse que el miedo de la sociedad ante el régimen ha sido un argumento de peso suficiente como para despertar un sentimiento de resignación generalizado ante lo que se presentaba como el mal menor, el único realmente capaz de poner freno a la escalada de violencia provocada por la guerrilla. En el mejor de los casos este miedo fue amortiguado por una creciente sensación de seguridad, según han señalado Novaro y Palermo. Así, como quien no quiere la cosa, la sociedad argentina parece haberse acostumbrado por esos años a convivir con el gobierno militar, aún a sabiendas de que este gobierno —como suele ocurrir con todos los gobiernos— no era en absoluto el ideal. En cualquier caso, la sociedad parece haber actuado más por omisión que por acción; en efecto, el 24 de marzo de 1976 la ciudad de Buenos Aires no fue testigo de ninguna movilización multitudinaria con el objeto de aclamar al nuevo gobierno. Así como la sociedad no fue cuna de amplios movimientos de resistencia, no fue tampoco el seno del cual surgió un vasto número de “colaboracionistas” dispuestos a dar lo mejor de sí en beneficio del régimen. Más bien, prevaleció una casi generalizada sensación de apatía, sin mayor entusiasmo —salvo contados casos— a favor o en contra. Esta apatía fue leída más de una vez como una consecuencia del miedo a las derivaciones represivas que podía traer consigo un régimen militar como el que se anunciaba. Pero esta última constituye una interpretación *ex post facto*, elaborada a la luz de lo sucedido ulteriormente. El 24 de marzo de 1976 no había en realidad grandes motivos para temer la barbarie que habría de sobrevenir en los años subsiguientes; como se sabe, Videla representó para muchos durante largo tiempo el ala más moderada de los militares y, por lo tanto, la más tolerable a simple vista. La apatía que acompañó el golpe del 24 de marzo de 1976 (un

golpe llevado a cabo de una manera por lo demás discreta) debió haber respondido a causas de muy distinto origen. Luego de la intensa movilización social y política que vivió la Argentina desde fines de la década de 1960, que había dado origen a la más vasta gama de movimientos revolucionarios que es dable imaginar, la sociedad recayó súbitamente en la apatía. Y no fue necesario aguardar para ello al 24 de marzo. En las vísperas del “Proceso”, esa sensación de apatía se encontraba ya por completo instalada en la sociedad. No fueron los militares quienes la impusieron en la sociedad por la fuerza, sino quienes mejor partido sacaron de ella, ya por completo establecida.

La apatía gozaba de importantes credenciales. Desde la jornada del 20 de junio de 1973, en la que multitudes indefensas que aguardaban el retorno de Perón fueron baleadas a cielo abierto sin ningún empacho, comenzó a haber cada vez menos gente dispuesta a ganar la calle en una manifestación. Las multitudes que habían salido a la calle en el Cordobazo y en otras tantas manifestaciones de similar índole sintieron cada vez más la necesidad de replegarse. De este modo se generalizó la sensación de apatía. Las manifestaciones de masas comenzaron a ser vistas como algo sumamente peligroso ya desde 1973. A la larga, las manifestaciones sólo sobrevivirían prácticamente en el seno del catolicismo y en mucha menor medida en el naciente “rock nacional” —según el epíteto con el que se lo conocerá más adelante—. En efecto, desde 1973, la Iglesia concentró sus esfuerzos pastorales en promover multitudinarias peregrinaciones —la más célebre fue sin duda la que tenía por destino Luján pero no fue la única, por cierto—, siendo ésta por entonces una de las pocas formas de expresión multitudinaria en las que las masas se habrían sentido por completo seguras en años de tan intensa convulsión política como los que sobrevivieron luego de la muerte de Perón. Para los más entusiastas, este cambio en las formas de movilización colectiva no era fácil de digerir, dado que los dejó por

completo privados de cualquier forma de movilización y politización. Para los más tibios, aquellos que se sumaban a las grandes manifestaciones en las principales fechas del calendario político, aun cuando no se hallaran “encuadrados” en ninguna organización, fue un golpe muy duro de todas formas. Y para las organizaciones guerrilleras no fue menos duro: no casualmente, fue hacia 1974 cuando pasaron a preocuparse seriamente por perfeccionar su entrenamiento militar, en un principio con el solo propósito de defenderse en caso de que se repitiera algo similar a lo de 1973. En Montoneros permanecerá vívido por largo tiempo el recuerdo de la tremenda sensación de indefensión a la que se vieron sometidos en aquella oportunidad.

Este repliegue de las manifestaciones de masas significó un cambio rotundo con respecto a la cultura política que se había consolidado en la Argentina desde 1945. Pero no fue una simple cuestión de miedo; la movilización de masas sufrió una profunda pérdida de legitimidad que parecía irreparable. El primero de mayo de 1974, cuando la organización guerrillera conocida bajo el nombre de Montoneros lo dejó a Perón ante una plaza semivacía, esta vieja cultura política dio muestras de haber perdido por completo todo su sentido. En el momento de retirarse, los propios Montoneros no hicieron más que desconocerle cualquier tipo de legitimidad a la movilización popular y la sociedad vio ahí reforzada su sensación de apatía. A partir de entonces las organizaciones guerrilleras despertarían cada vez menos simpatías en la sociedad. Mientras se sumergían en su espiral más violenta, se convirtieron en grupos cada vez más especializados, con creciente distancia con respecto a la sociedad. El destino de las organizaciones guerrilleras es, en líneas generales, bien conocido, enfrentadas abiertamente a las fuerzas parapoliciales (de la Triple A) y, más tarde, a los “operativos antisubversivos” montados por las Fuerzas Armadas.

La apatía tuvo consecuencias. Una de ellas fue la sensación generalizada de que el gobierno de Isabel Perón era demasiado escandaloso. Se reclamaba un ejercicio más pulcro del poder, sin grandes aspavientos, aunque también sin grandes pasiones en danza ni movilizaciones de masas; se quería un gobierno más sobrio y discreto, algo que el peronismo jamás había podido dar. Un gobierno militar de perfil bajo, sin el liderazgo de un jefe prestigioso y carismático, era lo más viable. Por otro lado, fue también consecuencia de la apatía reinante el reclamo de dar con una solución discreta y eficaz contra las organizaciones guerrilleras. La Triple A había dejado la sensación de un ejercicio de la violencia demasiado desprolijo, indiscriminado, casi escandaloso. Claro que nadie habría deseado —ni osado imaginar— el tipo de violencia que instalaría más tarde el “terrorismo de Estado”, con sus centros clandestinos de detención y sus “grupos de tareas”. Sea como fuere, en marzo de 1976 el Proceso condensó las expectativas de todos aquellos que querían un gobierno que fuera eficaz a la vez que capaz de pasar completamente inadvertido. Es por ello que es incorrecto comparar a la última dictadura militar con el nazismo, como se ha hecho más de una vez en diversas obras ensayísticas y periodísticas. Mientras que el nazismo se caracterizó por una vasta movilización de las masas desde abajo, el Proceso argentino prescindió por completo del recurso a la movilización colectiva (al menos, hasta 1982). Precisamente ahí radicó su mayor fuerza de atracción para una sociedad que estaba ya por completo hastiada de la movilización de masas.

No fue por temor a los militares que las masas no salieron a la calle en los años del Proceso; por el contrario, replegarse era lo que deseaban desde un principio. Creemos pues que la súbita sensación de apatía que se instaló en la sociedad una vez que ella dejó de entusiasmarse por la política de masas, entre 1973 y 1974, le abrió el camino a una dictadura cuyas consecuencias, claro está, no habría podido siquiera prever o

imaginar. El súbito declive de la política de masas dejó un vacío muy difícil de llenar en el seno de una sociedad que había sabido vivirla con sumo fervor. El Proceso respondía a una necesidad que en su momento la sociedad sintió como algo completamente legítimo para la sociedad argentina; no fue un injerto que se implantó en un cuerpo por completo indiferente, ajeno u hostil. El Proceso no habría podido intentar reformar a la sociedad “desde arriba” si esta última no hubiera sentido en algún aspecto la necesidad de que se la intentara reformar de este modo.

### *Masas y violencia*

La presencia masiva de la gente en la calle se volvió una constante, en especial, luego de 1969. La ocupación de los espacios y edificios públicos, la multiplicación de banderas y pancartas muchas veces improvisadas y la reiteración de consignas que se coreaban en infinidad de cánticos populares, fueron todos rasgos que caracterizaron a una era de política de masas que tuvo por entonces una fuerza eléctrica autogenerada. El entusiasmo colectivo era sumamente contagioso. Muchas personas se movilizaban de *motu proprio* y lo típico de esos vertiginosos años de fines de la década de 1960 fue que no siempre la gente aguardaba a ser arreada por las organizaciones partidarias, sindicales o revolucionarias. La movilización colectiva que se desarrolló a partir de 1969 excedió el marco de lo que podría haber imaginado cualquier organización: éstas se sintieron, de hecho, por completo desbordadas. La gente estaba ahí colmando toda expectativa. Las memorias de Gorriarán Merlo son elocuentes al respecto. Cuando asumió Cámpora, las cúpulas del Ejército Revolucionario del Pueblo (ERP) ni



siquiera estaban al tanto de las circunstancias en las cuales se produciría la enorme y para ellos inesperada movilización popular que se preparó en esa ocasión:

Y era tal nuestra creencia que el 25 de mayo, el día de la asunción de Cámpora, quienes éramos dirección del PRT-ERP estábamos en Córdoba convencidos de que se iba a hacer la movilización pero que no se iba a liberar a los presos. *Nos enteramos por la radio. La movilización resultó ser mucho más grande de lo que habíamos supuesto, superó nuestras expectativas, superó la postura de los montoneros, es decir, nos sobrepasó a todos.*<sup>7</sup>

Partidos políticos, sindicatos y organizaciones revolucionarias intentaron desde ya sacar partido en su provecho de esta situación tan efervescente, pero no daban abasto para dar cabida en su seno a una sociedad movilizada desde lo más profundo de su ser. La gente llegaba a la Plaza de Mayo incluso desde remotos pueblos del país cuando había all  alguna concentración de importancia. Y si se trataba de un evento verdaderamente memorable hombres y mujeres se podían pasar la noche en vela aguardando la hora del gran acontecimiento. Cantaban muy variadas canciones para matizar la espera, hacer frente al frío y mantener vivo el entusiasmo.

Entre 1969 y 1973 el fervor estuvo además atizado permanentemente por los sucesivos operativos emprendidos por las organizaciones guerrilleras (bombas, saqueos, asaltos, “copamientos” de instalaciones militares o policiales con el objeto de secuestrar armas, etc.); cada uno de ellos contribuyó a mantener en vilo la excitación colectiva a fuerza de cada golpe. Los gestos violentos estaban ahí para ser vistos; era

---

<sup>7</sup> *Memorias de Enrique Gorriarán Merlo. De los Setenta a la Tablada*, Buenos Aires, Planeta, 2003, pp. 191-192. El subrayado es nuestro.

una regla tácita que los “operativos” debían presentarse con una firma que los identificara, a través de un comunicado de carácter público en el que cada organización solía hacerse responsable de su obra. Para producir verdaderamente un gran impacto, la violencia guerrillera debía ser pública: había que demostrar que se tenía el valor de poner la cara y el nombre ante cualquier hecho de violencia ya consumado. Las organizaciones guerrilleras solían escoger con cuidado sus blancos, no sólo en función de su capacidad militar, sino también de acuerdo con el impacto que esperaban provocar con cada gesto. Cuando los Montoneros aparecieron en escena en 1970, captaron con claridad el grado de excitación colectiva que existía en la sociedad y la llevaron hasta sus límites más extraordinarios a través de un gesto desmedido como fue el asesinato de Aramburu. Colmar la medida a través de la provocación formaba parte de una estrategia que no hizo más que multiplicar al infinito la excitación de una sociedad tan fuertemente conmocionada como aquella. Todas las miradas se posaron sobre las “hazañas” de las organizaciones guerrilleras. La violencia que llevaba la firma de alguna organización era una bravuconada que solía ser celebrada. La bravuconada excitaba y sacaba la gente a la calle; a tal punto fue efectiva que movilizó a gente que, sin pertenecer a ninguna organización, no pudo permanecer impasible ante lo que sucedía alrededor. Fue así que los Montoneros reunieron miles y miles de simpatizantes espontáneos en todas partes. Alcanzaron un éxito que iba más allá de sus propios pronósticos y algo parecido le sucedió a otras organizaciones guerrilleras.

De este modo, claro está, quedaron expuestas al riesgo de ser reprimidas por las fuerzas de seguridad y el aparato estatal. Pero la violencia que se ejercía en su contra no las intimidó en absoluto: en realidad, cuanto más contundente resultara la réplica del “enemigo”, la bravuconada de cualquier organización guerrillera se agigantaba a

los ojos de la sociedad que miraba ese espectáculo desde afuera. Pero para que este *quid pro quo* se respetara, la violencia ejercida en contra de las organizaciones guerrilleras debía ser de carácter público y manifestarse abiertamente. Todo gesto público de violencia por parte del Estado o el aparato militar le confería a la víctima una oportunidad invaluable que nadie dejaría escapar: le daba la ocasión de adoptar la pose de un mártir. Si tenía la suerte de sobrevivir para contarla, su figura no tardaría en agigantarse entre los movimientos de masas y se convertiría casi en un héroe popular, que a duras penas había logrado sobrevivir a la represión o la cárcel. En la década de 1960 el pasaje por prisión hizo de cada revolucionario un hombre curtido en la arena de la política y le confirió un halo sobrehumano. Si caía en desgracia, como le ocurrió al “Che” Guevara, por ejemplo, su nombre quedaría inmortalizado en las banderas de la agrupación a la que perteneciera. En absoluto se temía la muerte en combate a cielo abierto, dado que le confería a la víctima la oportunidad de inmolarse. En la medida en que la represión se ejerciera abiertamente, cada bravuconada llevaría en una espiral ascendente a una bravuconada mayor, contribuyendo de este modo a aumentar la excitación colectiva y el entusiasmo que cada agrupación despertaba entre sus simpatizantes.

Sin embargo, la violencia secreta quebraba por completo el recorrido de esta espiral. La violencia que se practicaba en las sombras era insoportable bajo cualquier punto de vista: era un golpe bajo que dejaba a todos con una sensación de completa desorientación que era mucho más intolerable que el mismo miedo a la represión, la tortura o la muerte. Lo más terrible era que la violencia ejercida de manera encubierta no le dejaba a la víctima ninguna oportunidad de inmolarse. (Los militares lo sabían, por ello optaron finalmente por la violencia encubierta.) Si la víctima sobrevivía, sería sospechosa de haber entregado a sus compañeros y de ser por consiguiente un traidor;

si moría en cautiverio no quedaría tampoco nunca exento de sospechas. De ahí la obsesión que se desarrolló por la pastilla de cianuro entre los cuadros más entusiastas de las organizaciones guerrilleras —si bien no contribuía a hacer de la víctima un mártir, al menos dejaba en pie la dignidad—. En cambio, entre los menos entusiastas, el efecto no fue menos poderoso: fue entonces cuando comenzaron a aflorar serias dudas acerca de si valía la pena dejarlo todo por la causa. La violencia encubierta no permitía que sobreviviera en pie ningún mártir y ése era el peor de los males que ella era capaz de acarrear. Sin nuevos mártires a los cuales rendir homenaje, el entusiasmo de las masas corría el riesgo de disolverse por completo<sup>8</sup>.

Ello fue efectivamente lo que ocurrió a partir de 1974. Las movilizaciones de masas ofrecían ya evidentes señales de que se hallaban ingresando en una curva descendente. Cuando la Juventud Peronista organizó en marzo de ese año un acto en el estadio de Atlanta, no logró reunir más de 35000 personas. Comparadas con las multitudes que no mucho tiempo atrás había logrado movilizar, esta cifra era sin duda exigua. No casualmente se eligió aquel escenario para esa concentración; el estadio de fútbol constituía un espacio cerrado que a diferencia del descampado de Ezeiza donde ocurrió fueron atacadas las multitudes que aguardaban a Perón en 1973, podía inspirar todavía algo de confianza. Y algo parecido ocurriría en la Plaza de Mayo poco después. A diferencia de la espectacular movilización que tuvo lugar en 1973, el primero de mayo de 1974 dejó como se sabe una plaza semivacía. Si en esa ocasión los Montoneros tuvieron tanta facilidad para brillar por su ausencia, ello fue posible porque ya por entonces eran bastante menos que antes los que se atrevían a asistir a actos públicos sin haber sido arreados previamente por alguna organización partidaria, guerrillera o sindical. (En 1973, por contraste, mucha gente había asistido a Ezeiza de

---

<sup>8</sup> Las historias de vida de los militantes revolucionarios son elocuentes al respecto. Véase Eduardo Anguita y Martín Caparrós, *La voluntad. Una historia de la militancia revolucionaria en la Argentina*, 1998.

manera espontánea —“por la libre”— para sorpresa incluso de los más militantes.) Y en julio, la muerte de Perón no hizo más que agravar todavía más esta situación. Para muchos ese nombre conservaría hasta su muerte un poder en cierto sentido mágico: bastaba con que se lo enunciara o coreara para despertar el entusiasmo de personas que en otra situación habrían mantenido una posición tanto más tibia. Tenía una poderosa capacidad de aglomerar voluntades provenientes de muy distintos orígenes sociales y políticos, misma capacidad que había demostrado desde el 17 de octubre de 1945. Pero todo ello murió el 1 de julio de 1974.

El saldo de esta seguidilla de infortunios fue doble. Por un lado, las masas tendieron a desaparecer crecientemente de las calles, las movilizaciones de cualquier índole comenzaron a espaciarse cada vez más y, en aquellos casos en que se lograba sacar algo de gente a la calle, las multitudes ya no se mostrarían tan abigarradas como entonces. Por otro lado, las organizaciones guerrilleras dieron un agudo giro que las llevaría hacia una profunda militarización. Enrique Gorriarán Merlo describe en sus memorias el alto grado de improvisación que había prevalecido en las primeras operaciones militares llevadas a cabo por el ERP; después de 1974 ello ya no sería posible<sup>9</sup>.

### *Las multitudes en tiempos de represión y dictadura*

Preguntarse por las multitudes de los tiempos de la dictadura parece a primera vista un verdadero sinsentido. Bajo el estado de sitio, las multitudes desaparecieron definitivamente de la escena política argentina, junto con la vida partidaria y la

---

<sup>9</sup> *Memorias de Enrique Gorriarán Merlo. De los Setenta a la Tablada*, Buenos Aires, Planeta, 2003.

militancia de cualquier color. Asimismo, tampoco estuvo en la mente de los militares que se hicieron del poder en 1976 fomentar la movilización de masas con el propósito de aclamar al nuevo régimen, a diferencia del nazismo en la Alemania de entreguerras; se dejó de lado cualquier forma plebiscitaria de movilización. No obstante, algunas expresiones multitudinarias que tuvieron lugar por aquellos años vienen rápido a la mente: ya sean los festejos por el Campeonato Mundial de Fútbol en 1978 o las manifestaciones que se sucedieron a comienzos de 1982 cuando todavía se creía posible una victoria en la guerra de Malvinas. Ambos episodios suelen ser presentados en conjunto. Mientras que el primero habría servido de pantalla para ocultar la represión y la faceta más salvaje del régimen, el segundo por su parte se propuso, al menos en un principio, ocultar el desgaste que el régimen militar venía arrastrando y la necesidad, que por entonces ya parecía inevitable, de negociar una salida hacia un gobierno civil. Habría habido algo de maquiavélico en estas formas de movilización de masas, orquestadas sólo con el objeto de ocultar lo más perverso del régimen, suele decirse. Pero ésta es una interpretación *ex post facto*. Quiérase o no, lo cierto es que la gente salió a la calle toda vez que encontró la ocasión. En 1982, por ejemplo, la sensación de que la calle estaba siendo finalmente recuperada por y para la gente fue más poderosa que cualquier otro impulso en todo ese fervor patriótico que se desplegó con la guerra, al menos desde el punto de vista de buena parte de los protagonistas de tales movilizaciones. Existen testimonios que dan cuenta de que hubo quienes se plegaron entusiastamente a la guerra de Malvinas por el solo hecho de que implicaba el renacer de la movilización colectiva. Uno de ellos, que fue recopilado por Federico Lorenz en un libro de reciente publicación, sostiene:

Y volvimos a la plaza... ¿Qué siente un peronista cuando vuelve a esa plaza que tanto significa para nosotros y allí no está Perón? ¿Qué siente cuando sabe que, además, allí se encontrará a un enemigo? [...] Llegamos cerca de las once y ya había gente. No era como antes, no había consignas, lugares ni organización<sup>10</sup>.

1982 representó el definitivo y contundente regreso de las masas a la calle; suele hablarse en este sentido de un retorno de la política que conduciría a través de sinuosos caminos a la democracia finalmente recuperada en 1983. Ese retorno habría tenido su primera gran manifestación pública en 1981, a la hora del fallecimiento de Ricardo Balbín que había dado lugar a una vasta movilización donde los radicales más militantes salieron incluso con sus banderas a la calle. Éste era un espectáculo que hacía años no se veía en Buenos Aires. Los no tan militantes, en cambio, se sumaron sólo por el gusto de formar parte de una movilización popular y tener la ocasión de cantar algunas consignas, como aquella tan reiterada por entonces de “Se va a acabar / la dictadura militar”. El retorno de las masas a la calle parece a primera vista algo abrupto: de un día para el otro, prácticamente, la movilización de masas parece haber renacido de sus cenizas luego de largos años de silencio, inercia y pasividad. Fue entonces cuando los partidos políticos comenzaron a recuperar su presencia en la sociedad; durante los años de la dictadura es poco lo que habían podido hacerse notar. Podían asesorar al régimen o intentar negociaciones con él, pero todo ello lo hacían a espaldas de las masas, siempre ausentes.

Incluso los propios militares se encargaron de reforzar esta idea de que las masas, ya hacia 1981, parecían imparables: debieron aceptar que era necesario acogerlas de buena

---

<sup>10</sup> Federico Lorenz, *Las guerras por Malvinas*, Buenos Aires, Edhasa, 2006, p. 49.

gana en su seno y se embarcaron en la gesta de Malvinas. El clima de movilización que se gestaba en la sociedad argentina no permaneció inadvertido para los propios militares. La represión de la manifestación orquestada por la CGT en marzo de 1982 fue una suerte de reconocimiento de la alta volatilidad social: quienes a ella asistieron pudieron quedarse con la secreta satisfacción de que la marcha no había resultado inadvertida a los ojos del gobierno militar. No fueron ignorados. Fue en este contexto que la guerra comenzó a ser considerada seriamente. Aquellos mismos militares que tanto habían vacilado cuando la guerra se presentó ante sus narices en ocasión del conflicto con Chile por el Beagle en 1978, cuando la Argentina estuvo a punto de la guerra, ya no se mostraron tan timoratos como había ocurrido en esa ocasión.

Podría argüirse pues que la guerra no fue el manotazo del ahogado que los militares se vieron forzados a dar cuando advirtieron que el régimen tambaleaba, como suele afirmarse; por el contrario, se lo puede considerar un resultado casi natural de aquella intensa movilización de las masas que volvieron a salir a la calle con ferviente entusiasmo luego de 1981. Sin ellas la guerra de Malvinas sin duda no habría sido lo que fue. Más aún, podría también argüirse que la relativamente escasa movilización que existía en la sociedad argentina en 1978 fue la que convirtió en aquel momento en un verdadero sinsentido la guerra con Chile. En 1978, la victoria deportiva en el campeonato de fútbol tuvo lugar en el seno de una sociedad que se hallaba por completo desmovilizada. No es que el campeonato no haya sido celebrado en las calles; sí lo fue pero la sociedad sólo se movilizó tímida y ordenadamente, sin desplegar más banderas que las nacionales. No se cantó más que “¡Argentina, Argentina!”. Estas movilizaciones carecían por completo del color de las de antaño. La gente se conformaba con lucir en sus abrigos el prendedor con el slogan que el propio gobierno militar había puesto en circulación: “Los argentinos somos derechos y humanos”. A pesar del impulso que el



fútbol parecía imprimirle a la sociedad, en 1978 no se desencadenó una oleada sucesiva de movilizaciones sociales. La gente sólo salió a festejar el triunfo deportivo, sin aprovechar el impulso adquirido para movilizarse en otras direcciones. Es cierto que los Montoneros desde el exilio intentaron hacer campañas de boicot contra el campeonato Mundial y procuraron retomar el camino de la violencia a través de algunos atentados que se perpetraron a fines de ese año<sup>11</sup>. Pero lejos de despertar la excitación colectiva, las nuevas manifestaciones de violencia fueron ampliamente condenadas.

A primera vista, 1978 ofrecía la ocasión invaluable para un renacer de las movilizaciones de masas pero ni siquiera los militares lograron llevar esto a buen puerto: fue así como la guerra con Chile finalmente hizo agua. La gente reclamaba paz y desmovilización; la sociedad no parecía muy entusiasta con la idea de emprender una vasta movilización bélica. Fue entonces cuando las homilias por la paz pronunciadas por los obispos en todas las catedrales del país se reiteraron hasta el hartazgo y la sociedad esperó con ansias la posibilidad de una mediación papal. Y cuando esta llegó finalmente, celebró que los soldados, que habían debido movilizarse al sur del país, retornaran sanos y salvos a sus hogares. Lo que ocurrió en 1978 fue todo lo contrario, sin duda, de lo que ocurriría en abril de 1982. La guerra fue en 1982 el resultado natural de una sociedad que había ya despertado a la movilización de masas y buscaba un cauce hacia el cual orientar ese entusiasmo. Los militares percibieron con claridad la situación y al embarcarse en la guerra no hicieron más que ofrecer una respuesta a esa demanda tan claramente delineada en la sociedad argentina. La sociedad no tardó en aceptar la idea de embarcarse en una intensa movilización bélica, a diferencia de lo que había ocurrido en 1978 cuando simplemente se había limitado a expresar un sordo reclamo de paz. En suma, la guerra no fue un gesto descabellado, fruto de la mayor de las

---

<sup>11</sup> Miguel Bonasso, *Diario de un clandestino*, Buenos Aires, Planeta, 2000.

irracionalidades de militares desquiciados y embriagados por el continuado ejercicio del poder.

Pero los militares del Proceso no se encontraban de ningún modo preparados para la guerra. Para ellos la empresa bélica tendría un altísimo costo: los obligaría a enfrentarse a su mayor reto, las multitudes. De hecho, nunca habían visto nada positivo en la movilización plebiscitaria de las masas; no tenían experiencia en orquestar este tipo de espectáculos masivos. Los militares del Proceso no estaban acostumbrados a enfrentarse a la gente en espacios abiertos; preferían la noche, la oscuridad y las sombras. Cuando llegó el 2 de abril, la ineptitud de los militares para enfrentar a las multitudes se hizo mayúscula. Prueba de ello es que la gente se haya visto obligada a cantar en la Plaza de Mayo “Salí, Galtieri, salí al balcón...”. Desde ya, una vez que lo hizo decepcionó a todos: Galtieri no había sido designado por la Junta Militar como sucesor de Viola precisamente porque descollara por su carisma y su elocuencia ante un público de masas. Mientras se mantuvieron en pie las expectativas del triunfo militar, la parquedad de Galtieri fue pese a todo mal tolerada.

Fue así que tanto los militares primero, como los partidos políticos después, se encargarían de enfatizar la idea de que desde 1981 se había producido un verdadero renacimiento de las movilizaciones de masas en la escena pública. Los primeros vieron en ello la oportunidad de llevar a buen puerto una gesta que —se esperaba— les conferiría prestigio y honores. Los segundos, en cambio, debieron aguardar a que se produjera aquella derrota que tanto desprestigiaría a los militares; fue entonces cuando dieron con una oportunidad invaluable para capitalizar en su provecho todo el fervor que se manifestaba en esa sociedad que, pese a la derrota militar, no cejaba en su afán por movilizarse. La salida democrática no se caracterizó simplemente por largas negociaciones entabladas en secreto entre el régimen militar en decadencia y los

partidos políticos, como pudo haber ocurrido en otras ocasiones de la larga la historia pendular de la política argentina del siglo XX; lejos de ello, las masas estuvieron siempre presentes, de manera intensa y la democracia se convirtió en una bandera de las cuales ellas se apropiaron. Terminaría por convertirse en una consigna de masas, con una intensidad inédita; las masas no vacilarían en presentar a la democracia como una panacea, tal como señaló Luis Alberto Romero<sup>12</sup>. (Algo similar ocurriría en España en 1981 cuando se produjo una vasta movilización de masas en defensa de la democracia, amenazada por la tentativa golpista conocida vulgarmente como “Tejerazo”).

Así, tanto la naciente democracia, como los propios militares que se vieron obligados a una humillante retirada que nadie había imaginado —ni siquiera deseado— en un principio, coincidieron en subrayar la idea de que las movilizaciones de masas habían permanecido por completo congeladas durante los años más oscuros del régimen. Los militares lo hicieron con el preciso objeto de reforzar su gesta heroica de Malvinas en el momento en que se creían triunfantes; la democracia subsiguiente en cambio con el propósito de subrayar el contraste que existía entre ella, siempre radiante y gloriosa, y un pasado que era necesario teñir de los colores más oscuros con el propósito de que el contraste resultara a todas luces evidente. La democracia se esforzó en subrayar este rasgo con el preciso objeto de tender un manto de olvido sobre la complicidad, aunque sólo fuera tácita e involuntaria en la mayoría de los casos, de la sociedad argentina con la dictadura. Luego de 1983, se enfatizaría que la movilización de masas sólo podía realizarse bajo el amparo de un régimen democrático.

Pero esta interpretación tan rupturista deja en el olvido otras formas de movilización de masas que se desarrollaron en la sociedad argentina luego de 1976 a pesar de la vigencia del estado de sitio. Entre ellas se destaca a todas luces el catolicismo. El

---

<sup>12</sup> Luis Alberto Romero (2006), “La democracia y la sombra del proceso”.

catolicismo de la década de 1970, tanto como el así llamado “rock nacional” en una medida sin duda muchísimo menor, sirvieron a su modo de refugio para las multitudes fuertemente despolitizadas de los más duros años de la dictadura. En las siguientes páginas nos detendremos en el catolicismo por varios motivos: en primer lugar, porque sus movilizaciones fueron frecuentes y reiteradas a lo largo de todo el país, mientras que el “rock nacional” era un fenómeno mucho más marginal —los grandes recitales con suerte sólo tenían lugar en ocasiones especiales en el Luna Park o algunos pocos estadios de la ciudad de Buenos Aires—. En segundo lugar, porque existe una idea muy acendrada tanto en la historiografía como en la sociedad de que la Iglesia fue un silencioso cómplice de la dictadura militar. Conocedora del “terrorismo de Estado”, habría guardado un silencio que se hizo fatal. El bien conocido testimonio de Emilio Mignone es elocuente al respecto. El tono de denuncia que puede leerse en Mignone no tardó en trasladarse a la nueva historiografía sobre el catolicismo que comenzó a desarrollarse luego de 1983; su testimonio fue inspirador de gran número de ensayos acerca de la Iglesia argentina. En efecto, con el retorno de la democracia, la preocupación de los historiadores laicos por la historia del catolicismo argentino se volcó por denunciar las jerarquías eclesiásticas, sus vinculaciones con los distintos factores de poder —en especial, con los militares— y sus tendencias ideológicas y políticas, contaminadas por una fuerte desconfianza hacia la democracia. El tono de denuncia tanto contra las jerarquías eclesiásticas entendidas como factor de poder es difícil de extirpar de la historiografía más reciente. En todos los casos este tono fue el producto de una decisión moral que forma parte de un ejercicio de virtud cívica y de compromiso ético en muchos sentidos admirable. Pero por más laudable que sea este compromiso, creemos que no basta con la denuncia para entender el catolicismo de los años de la dictadura.

No podemos conformarnos con un análisis que se limite a considerar las jerarquías eclesiásticas y las declaraciones episcopales; nos interesa más bien prestar atención a la movilización católica que se produjo desde las bases en los años de la dictadura. La relación entre la dictadura y las jerarquías eclesiásticas ha sido ya profusamente estudiada; nos detendremos a continuación en estudiar la relación entre el catolicismo y la sociedad en los “años de plomo”. Es poca la bibliografía que existe acerca de este período. En su mayor parte es testimonial, ensayística o periodística. Así como no existen estudios acerca de la relación entre la Iglesia y la sociedad en los años de la dictadura, tampoco abundan los trabajos que prestan atención a la relación entre la sociedad argentina y la dictadura en sentido amplio. Sin pretender agotar aquí este último tema, creemos que el estudio del catolicismo de este período contribuirá a iluminar algunos aspectos de un tema tan controvertido como éste.

Trataremos de mostrar que a medida que se afianzaba la desmovilización política en la sociedad argentina, en especial a partir de 1974, en una tendencia que la dictadura no haría sino fortalecer, el catolicismo recibió en su seno a multitudes ansiosas de encontrar un lugar en el cual refugiarse. Cuando más despolitizada se hallara la sociedad, más fácil le resultará al catolicismo intentar ocupar el lugar que la política de masas dejaría vacante. Pero no fue una simple vuelta atrás; a diferencia de los célebres congresos eucarísticos de la década de 1930, en los años 70 brillaron por su ausencia los grandes slogans al estilo de “Cristo Rey” o “Cristo o Lenin”. Si bien de masas, el catolicismo de la década de 1970 presentó un estilo tanto más sobrio que antaño. Como veremos, fue necesario apelar a una nueva serie de recursos para atraer a las multitudes.

*Las multitudes olvidadas*

1974 fue un año de una intensa movilización de las masas católicas. Diversos congresos eucarísticos diocesanos se celebraron a lo largo del país; cuanto más recientes fueran las diócesis, más entusiasmo despertaba la movilización católica de masas. En Añatuya, por ejemplo, el congreso diocesano reunía en septiembre multitudes sin precedentes para esa diócesis, con el objeto de preparar el clima de movilización con vistas al congreso nacional a celebrarse en Salta en octubre de ese año<sup>13</sup>. Asimismo, 1974 fue un año de intensa peregrinación. Se construyeron nuevos santuarios en distintas regiones del país y se revitalizaron los ya existentes a fin de que se convirtieran en poderosos centros de atracción. Entre los santuarios más nuevos, se cuenta el de la Virgen de Río Blanco en Jujuy, el de la Virgen de Lourdes en Mendoza o el santuario mariano que se hizo construir en Río Negro; entre los más tradicionales, tanto el de la Virgen del Valle en Catamarca como el de Itatí en Corrientes se convirtieron en centros a los que confluyeron crecientes y nutridas peregrinaciones en la década de 1970. La peregrinación a Itatí, orquestada todos los años por el obispo de Goya Alberto Devoto, comenzó a reunir importantes multitudes provenientes de distintas diócesis del noreste argentino. Otra novedad de este año 1974 fue la organización en Mar del Plata de la así llamada “Marcha de la Esperanza” que fue impulsada por el entonces obispo Eduardo Pironio y que en los años de la dictadura llegaría a reunir multitudes realmente importantes, que podían alcanzar las 20000 personas; esta marcha, que era organizada por el Movimiento Juvenil Diocesano, se repitió sucesivamente todos los años en los primeros días de diciembre con éxito creciente de asistencia de público. En Rosario, por

---

<sup>13</sup> Sobre ambos congresos puede verse el *Boletín de la Agencia Informativa Católica Argentina* (en adelante, *AICA*), 12 de septiembre y 10 de octubre de 1974.

otra parte, los jóvenes preparaban anualmente una peregrinación que en sus mejores épocas logró reunir hasta 60000 personas<sup>14</sup>.

1974 fue además el año del despegue en lo que respecta a las peregrinaciones a Luján: se dijo que 200000 personas habían asistido a la peregrinación a pie organizada en ese año; si bien es probable que la cifra exagere, de todas formas es evidente el contraste con lo que ocurría a mediados de la década del sesenta, cuando esta peregrinación no reunía cifras de tamaño envergadura<sup>15</sup>. A partir de 1975 la peregrinación a Luján fue organizada por la Pastoral Juvenil de la arquidiócesis de Buenos Aires, que se encargó de sacar a la calle grupos de jóvenes que distribuían volantes de propaganda en colegios y facultades, así como también en algunas esquinas clave del centro de la ciudad. En una ciudad que había visto decaer súbitamente las actividades políticas, el catolicismo se mostraba capaz de sacar gente a la calle y hacía volanteadas en nombre de la Virgen. La peregrinación a Luján que tuvo lugar en octubre de 1976 convocó multitudes que llamaron incluso la atención de los grandes diarios porteños: *Clarín* destacó en primera plana la envergadura del acontecimiento<sup>16</sup>. Se la preparaba minuciosamente y se preveía que junto a los peregrinos hubiera algún servicio médico de urgencia y suficiente provisión de agua.

Los jóvenes fueron los más activos en cada una de estas movilizaciones. Conscientes de ello, las autoridades eclesiales se esforzaron por darles un lugar destacado en la pastoral. Los encuentros diocesanos de juventud (o las semanas de pastoral juvenil) se celebrarían periódicamente todos los años, en especial en el mes de septiembre, en coincidencia con el día del estudiante en diferentes diócesis del país, desde la de San Martín en el Gran Buenos Aires hasta Viedma. Se organizaron “concilios de jóvenes” y

---

<sup>14</sup> Una breve reseña histórica de la movilización de Mar del Plata puede leerse en *Boletín AICA*, 7 de diciembre de 1978; sobre la movilización de Rosario, véase por ejemplo el *Boletín AICA*, 26 de abril de 1979 y 22 de mayo de 1980.

<sup>15</sup> *Boletín AICA*, 12 de septiembre de 1974.

<sup>16</sup> *Clarín*, 3 de octubre de 1976.

se intensificó también la formación de dirigentes juveniles en el seno de la Acción Católica que comenzó a hacer más frecuente la celebración de sus asambleas federales. En el seno de las asociaciones católicas también se destaca la difusión de toda una vasta gama de actividades recreativas que tenía por destinatarios a los jóvenes: conciertos de música popular, concursos literarios, musicales, de manchas, exhibición de cine y obras de teatro, etc. Había festivales de música y concursos organizados por diversas asociaciones que convocaban a los jóvenes; el más famoso fue el que comenzó sistemáticamente a preparar en 1970 la Acción Católica con motivo de la Navidad, donde podían competir distintos grupos musicales y solistas; aquellos competidores que provenían del interior del país tenían la ocasión de viajar a Buenos Aires y cantar en un teatro céntrico. Hubo además otros festivales al aire libre, con asistencia gratuita o bien a cambio de un alimento no perecedero; a veces los festivales se celebraban en la explanada de alguna catedral de provincia o bien en un estadio cerrado<sup>17</sup>. Las peregrinaciones a los santuarios más importantes del interior del país solían también tenerlos como protagonistas. La peregrinación, que se podía hacer mitad a pie, en tren o en autobús, podía durar dos o tres días durante los cuales los jóvenes a veces pernoctaban al aire libre y entonaban cánticos con los cuales superar el frío.

Semanas de la juventud, olimpiadas, encuentros, festivales y procesiones se repitieron a lo largo del país. Otra nota correspondiente a este período que merece ser destacada es el hecho de que el acercamiento de los jóvenes a la Iglesia Católica en los años de la dictadura quedaría además plasmado en un significativo crecimiento del número de seminaristas. Las nuevas diócesis que habían sido fundadas luego de la caída de Perón contribuyeron a multiplicar la cantidad de seminarios que existían a lo largo del país pero fue recién en los años de la dictadura que estos nuevos seminarios —y también

---

<sup>17</sup> Por ejemplo, en este sentido el festival musical “Genfest” organizado por el Movimiento de los Focolares en agosto de 1978 o bien el festival por la paz organizado por la juventud católica de Mar del Plata en febrero de 1978. Al respecto, véase *Boletín AICA*, 9 de febrero y 24 de agosto de 1978.



otros más viejos— comenzaron significaban a poblarse de jóvenes que deseaban iniciar una carrera sacerdotal<sup>18</sup>. Si bien carecemos de datos precisos acerca de cuántos de ellos terminarían sus estudios, lo cierto es que la juventud católica estaba en movimiento. Para los más militantes, el seminario, la Acción Católica y los grupos diocesanos de pastoral juvenil fueron los centros en los que se congregaron y se pusieron en movimiento. Para los no tan militantes, había convocatorias de masas que los movilizaban: festivales de música y peregrinaciones, muchos de ellos de carácter multitudinario. A algunas de estas peregrinaciones solían incluso sumarse los adultos que, si bien no hacían todo el trayecto a pie, acompañaban algunos tramos de la marcha.

En los años de la dictadura, las marchas, peregrinaciones y festivales solían tener una peculiaridad: muchas de estas actividades se desplegaban en horario nocturno. El estado de sitio no impidió que las catedrales y templos se convirtieran en centro de reunión nocturna para los jóvenes (y a veces no tan jóvenes) católicos. Es cierto que en la ciudad de Buenos Aires el movimiento no fue para nada intenso en los primeros momentos de la dictadura. Una concentración católica que tuvo lugar frente a la catedral porteña en octubre de 1976, con la excusa de celebrar la culminación de la “cruzada de oración en familia”, no logró reunir las multitudes que el arzobispo Aramburu esperaba<sup>19</sup>. La Plaza de Mayo quedaría reservada sólo para las manifestaciones anuales de los scouts católicos, que no hicieron sino reforzar la reinante atmósfera castrense. Ni siquiera la tradicional fiesta de Corpus Christi tuvo gran vuelo en los primeros años de la dictadura.

En cambio, en el interior del país, las ciudades permanecieron en movimiento gracias al catolicismo. Distintas ciudades del país de tamaño mediano como Mar del Plata,

---

<sup>18</sup> En general, esas fundaciones solían retardarse a la espera de recursos y alumnos. Pero a mediados de la década de 1970, se aceleró ese crecimiento: se establecieron los seminarios faltantes y se incrementó notablemente el número de alumnos, tanto en viejas como en nuevas diócesis del interior del país y del Gran Buenos Aires. Fue un fenómeno generalizado que aparece claramente reflejado en el *Boletín AICA* de 1977 en adelante.

<sup>19</sup> *Boletín AICA*, 28 de octubre de 1976 y ss.

Santiago del Estero, Santa Fe, Viedma, Venado Tuerto o distintas localidades del Gran Buenos Aires fueron testigo de importantes movilizaciones católicas. Los festivales terminaban tarde por la noche y a veces podían tomar la calle, como ocurrió en Santa Fe cuando se llevó a cabo una marcha de villancicos, luego de la clausura del festival provincial de la canción navideña<sup>20</sup>. Las funciones religiosas nocturnas en la vía pública se hicieron frecuentes en la década de 1970 —la primavera solía ser la época del año favorita para este tipo de acontecimientos—. A veces la ceremonia nocturna se completaba con una procesión de antorchas que constituía un espectáculo asombroso y atractivo para el transeúnte más desprevenido; un cortejo de coches que formaba en caravana solía secundar la marcha<sup>21</sup>. Otras, en cambio, los jóvenes pasaban la noche en vela, en su marcha hacia algún santuario de importancia: la noche en vela o la procesión nocturna eran parte corriente de muchas peregrinaciones y fiestas religiosas de la década de 1970. Los jóvenes cantaban muy variadas canciones para matizar la espera, hacer frente las bajas temperaturas que se presentaban por la noche y mantener vivo el entusiasmo. Por ejemplo, en Pentecostés, en Mar del Plata, los jóvenes solían realizar una vigilia que culminaba en la madrugada con una misa y procesión por calles céntricas<sup>22</sup>. Por más esfuerzos que hicieran las jerarquías eclesíásticas por limitar el uso de la guitarra en las celebraciones religiosas y los ritmos populares como la zamba y la baguala, en la práctica las guitarreadas se dejaban oír invariablemente en cada una de estas procesiones nocturnas. Fue así que en 1979 el Instituto de Música Sacra, dependiente del arzobispado de Buenos Aires, debió resignarse ante los hechos consumados y se ocupó de organizar cursos de guitarra para ser utilizada en las “misas de la juventud” que solían celebrarse en diversas parroquias de la ciudad<sup>23</sup>.

---

<sup>20</sup> *Boletín AICA*, 22 de diciembre de 1977.

<sup>21</sup> *Boletín AICA*, 22 de diciembre de 1977.

<sup>22</sup> *Boletín AICA*, 21 de junio de 1979.

<sup>23</sup> *Boletín AICA*, 15 de febrero de 1979.

A partir de 1978, este movimiento se intensificó a la luz del Campeonato Mundial de Fútbol. A fines de ese año, el *Boletín AICA* registraba que “en estos últimos tiempos el país está asistiendo a una sucesión de grandes manifestaciones católicas de carácter multitudinario que en cierta forma indican un renacimiento religioso popular, en especial alrededor de la devoción a la Virgen”<sup>24</sup>. Incluso las peregrinaciones de la provincia de Jujuy, por lo general modestas, comenzaron a descollar por la gran cantidad de jóvenes que asistieron y sumaron más de cien mil personas<sup>25</sup>. Fue en este contexto que la Capital Federal recobró más activamente su vida religiosa, comenzando por algunos centros de peregrinación ubicados en los márgenes de la ciudad de Buenos Aires: así el caso del de Nuestra Señora de Pompeya o el de la Medalla Milagrosa, al que solían confluír en peregrinación personas provenientes del Gran Buenos Aires<sup>26</sup>. Recién en 1980 la Plaza de Mayo y sus alrededores se convirtió en el escenario de una concentración católica de envergadura cuando se celebró con un impulso novedoso la fiesta de Corpus Christi. La procesión que circuló por la Avenida de Mayo culminó ante la catedral, en una impresionante movilización de masas que quedó reflejada en los grandes diarios porteños: una vez más, las multitudes católicas volvían a aparecer en la tapa de los matutinos<sup>27</sup>. La latente amenaza de guerra con Chile y la expectativa de una exitosa mediación papal fue la excusa para movilizar a la gente en nombre de la paz.

Por otra parte, a fines de 1979 el episcopado declaró la celebración de un año Mariano. En este marco, el catolicismo verificó un intenso movimiento a lo largo de todo el país: imágenes de la Virgen de Luján eran llevadas en procesión a distintas localidades, algunas cercanas y otras no tanto. En Avellaneda, por ejemplo, la imagen de María fue transportada en un helicóptero de las Fuerzas Armadas, lo cual constituyó

---

<sup>24</sup> *Boletín AICA*, 7 de diciembre de 1978.

<sup>25</sup> *Boletín AICA*, 13 de noviembre de 1980.

<sup>26</sup> La peregrinación a Pompeya comenzó a realizarse en 1978 con periodicidad anual. La de la Medalla Milagrosa data de 1979.

<sup>27</sup> *Clarín*, 8 de junio de 1980.

un enorme atractivo para que esa fiesta religiosa verificara importante público; además, la Fuerza Aérea hizo una demostración de vuelo que despertó el aplauso de la concurrencia —algo similar ocurriría también en una importante procesión de San Justo cuya cercanía con la base militar de Morón facilitaría la exhibición de destrezas de aviones militares, que se desplegaron en el aire en forma de cruz—<sup>28</sup>. En el marco del año mariano, los santuarios dedicados a la Virgen se colmaron de gente que, crecientemente, salía en procesión. Fue entonces cuando la tradicional procesión a pie a Luján alcanzó su clímax: trepó hasta la cifra exorbitante de 800000 asistentes, según las estimaciones de *Clarín*<sup>29</sup>. Y se celebraron, además, congresos marianos diocesanos que reunían multitudes en distintas ciudades del país, desde Tucumán hasta Viedma. Fue en este contexto, que la Acción Católica, por su parte, decidió reflatar la vieja consigna de “Cristo Rey” e inició campañas y encuentros en su nombre<sup>30</sup>.

Sin embargo, las viejas consignas no fueron nada útiles. No fue con consignas que lucían por completo anticuadas que se llevó a cabo la organización del Congreso Mariano Nacional '80 celebrado en la ciudad de Mendoza en octubre de 1980. Se lo preparó con la misma minuciosidad con que antaño se había organizado el célebre Congreso de 1934: se planificaron los más mínimos detalles, desde las plazas que existían disponibles para alojamientos de distintas calidades (ya sea hoteles de primera categoría o bien los campings para los jóvenes) hasta los medios de transporte disponibles. Se hicieron colectas y se editó un boletín con las novedades organizativas. La liturgia mereció una atención especial por parte de los organizadores: se publicó un cantoral litúrgico que sería utilizado en el marco del Congreso, que estaba acompañado por dos casetes que reunían los más de 70 cánticos programados<sup>31</sup>. Desde ya, el común

---

<sup>28</sup> *Boletín AICA*, 14 de junio y 22 de noviembre de 1979.

<sup>29</sup> *Clarín*, 7 de octubre de 1979, pp. 32-33; 8 de octubre de 1980, pp. 26-27.

<sup>30</sup> *Boletín AICA*, 8 de noviembre de 1979.

<sup>31</sup> *Boletín del Congreso Mariano Nacional* (en adelante, CMN), n. 5, mayo de 1980.

de los asistentes no compró este material ni se aprendió los cánticos de memoria pero ello no fue óbice para que se sumaran a los coros: en realidad, sólo bastaba con seguir puntualmente la letra de los cantos que aparecía impresa en unos carteles luminosos que se utilizaron para guiar la celebración. Cabe destacar que se trataba de los mismos carteles luminosos del estadio mundialista de Mendoza que habían sido utilizados en ocasión del Campeonato Mundial de Fútbol de 1978. No es casual esta coincidencia: de hecho fue el gran evento de 1978 el que inspiró la celebración del Congreso Mariano de 1980, con el propósito de reeditar la gran “fiesta de todos”. El secretario de la comisión que preparó el congreso religioso de Mendoza lo expresaría en estos términos:

En la Argentina hace falta algo que sea capaz de unirnos, de hacernos sentir, más allá de todo lo que nos separa o diferencia, hijos o hermanos. El Mundial '78 lo logró por unas semanas. ¿Y después...? Hace falta alguien que pueda unirnos en lo profundo, en los valores, en una común concepción de la vida, en un estilo propio. Yo creo que ese alguien será la Virgen María en ocasión del CMN'80<sup>32</sup>.

Como era frecuente cada vez que se organizaba un gran congreso católico de carácter nacional, se celebró asimismo una serie de congresos marianos diocesanos en distintas ciudades del país a lo largo de 1980, con la expectativa de promocionar el gran evento mendocino e invitar a la gente a participar. En este marco el acontecimiento más importante que se realizó con el objeto de movilizar a la gente hacia Mendoza fue un festival artístico que tuvo lugar en el Luna Park. De gran participación por parte de los jóvenes que coreaban estribillos —en honor a la Virgen María, se supone—, el festival

---

<sup>32</sup> “El Congreso Mariano y el Mundial’ 78”, *Boletín del CMN*, n.2, 10 de abril de 1980.

contó con la presencia de artistas, músicos, deportistas y dos locutores (Fernando Bravo y Nelly Raymond) que oficiaron de maestros de ceremonia. Sergio Denis, Palito Ortega, Julia Elena Dávalos y Vox Dei fueron los artistas más ovacionados; Ariel Ramírez, por su parte, presentó fragmentos de su *Misa Criolla* que había sido escogida para ocupar un lugar central en las celebraciones de Mendoza<sup>33</sup>.

Las 50000 plazas de alojamiento disponibles en la ciudad de Mendoza se vieron colmadas en el mes de octubre. El Congreso se desarrolló en el estadio mundialista de Mendoza, que sirvió de sede para la mayor parte de las celebraciones dado que podía albergar hasta 200000 personas; además de las misas celebradas en un altar mayúsculo erigido en el centro del campo de deportes, el estadio fue escenario de exhibiciones gimnásticas de jóvenes mendocinos que formaban diversas figuras sobre el campo de deportes tales como el propio logo del Congreso (CMN'80). Este último fue sin duda uno de los atractivos más aplaudidos. El público los vivaba y gritaba "Argentina, Argentina" y las ovaciones se extendieron incluso al presidente Videla, que viajó a Mendoza para el acto de clausura. El Congreso contó además con importantes procesiones, una de ellas de carácter nocturno; hubo veladas folklóricas y también se pasaron películas. Pero lo más original fue la exhibición de un Auto sacramental que fue representado en el anfiteatro Griego de Mendoza, ubicado al pie de la precordillera, donde se desarrolló además un espectáculo de luces y sonido, con un vasto despliegue de fuegos artificiales que relucían contra el fondo de las montañas<sup>34</sup>. Estadio y espectáculo de masas se conjugaron para lograr que el Congreso resultara, en efecto, multitudinario; no hubo necesidad en este nuevo marco de reciclar las anticuadas consignas del integrismo católico de antaño.

---

<sup>33</sup> Sobre el festival, véase *Boletín del CMN*, N. 11, agosto de 1980; *Boletín AICA*, 18 de septiembre de 1980.

<sup>34</sup> Sobre las distintas actividades que se desarrollaron en el marco del Congreso, véase el *Boletín del CMN*. Una breve reseña en el *Boletín AICA*, 10 de julio, 9 de octubre y 16 de octubre de 1980.

A medida que se ponía en marcha el CMN de Mendoza, se hicieron frecuentes los encuentros religiosos en estadios de fútbol en distintas celebraciones religiosas de todo el país: el de Vélez Sársfield en el barrio de Liniers sirvió de albergue para una conmemoración en honor a San Cayetano a la que concurrieron cerca de 7000 personas<sup>35</sup>; en noviembre de 1979 una multitud asistió a una celebración mariana en el Club Deportivo de Morón<sup>36</sup>; un acto mariano celebrado en la diócesis de San Martín se desarrolló en el estadio de Chacarita Juniors<sup>37</sup>; el encuentro de jóvenes correspondiente al mes de la juventud de la diócesis de San Martín se celebró en el estadio del Club Estudiantes de Buenos Aires. Este último evento incluyó, además de las ya tradicionales demostraciones gimnásticas que tanto entusiasmaban al público, una suelta de palomas blancas. Las asambleas federales de la Acción Católica, cada vez más multitudinarias se celebraron en los estadios de fútbol de la ciudad de Rosario, con una asistencia de 15000 personas que se identificaban portando las pancartas de los grupos parroquiales o diocesanos a los que pertenecían; algunos eran simples curiosos que ocasionalmente se sumaba a la celebración. Véase la reseña que publica AICA al respecto:

En el estadio de Newell's Old Boys se realizó el acto de apertura. Las tribunas ofrecieron el aspecto de las grandes fiestas, esta vez singularizadas por las banderas argentinas y papales, imágenes del Sagrado Corazón de Jesús y de Juan Pablo II, carteles que identifican la procedencia de importantes grupos [...]

En el estadio la escena se hizo perfecta como expresión juvenil cuando alumnas de la escuela del Santísimo Rosario en una coordinada acción formaron la palabra "Bienvenidos" en el centro de la cancha, en tanto que scouts católicos procedían a soltar palomas [...]

---

<sup>35</sup> *Boletín AICA*, 21 de agosto de 1980.

<sup>36</sup> *Boletín AICA*, 22 de noviembre de 1979.

<sup>37</sup> *Boletín AICA*, 6 de noviembre de 1980.

El sábado 2 tuvo efecto la gran manifestación de fe [...] que tuvo por escenario el estadio de Rosario Central, sobre el Río Paraná. Desde Alberdi y Avellaneda donde convergieron poco después del mediodía grupos numerosos de jóvenes partió una gruesa columna de manifestantes de no menos de quince cuerdas, sin contar el público, que desde las aceras, los balcones y terrazas aplaudían a los manifestantes, absortos en sus oraciones y cánticos a la Virgen [...] Alternaban con la severidad ritual estribillos y vivas de los jóvenes cuyas disímiles vestimentas conforman un abigarrado y singular espectáculo.

El desplazamiento se hizo lento [...] Gritos, cánticos, estribillos, flamear de banderas, estridencia de pitos y cadencia de bombos y matracas fueron el denominador común [...] Pasadas las 22, partió una gigantesca manifestación de antorchas que se desplazó por Boulevard Oroño hasta Pellegrini [...] Nuevamente la gran masa de jóvenes puso su nota particular en esta ciudad mediante oraciones, cánticos y estribillos

En la clausura más de 25 mil personas ocuparon las tribunas del estadio de Newell's.<sup>38</sup>

También la procesión de Corpus Christi de 1981 celebrada en pleno centro de Buenos Aires fue testigo de movilizaciones de pareja envergadura. No es casual que en 1981 la Conferencia Episcopal declarara que la prioridad pastoral para el siguiente año debía concentrarse de lleno en la juventud y se dispuso a movilizarlos en masa como nunca antes<sup>39</sup>. Jóvenes de diversos colegios aguardaron en vela la Vigilia de Pentecostés para luego movilizarse al altar levantado en Avenida de Mayo y 9 de

---

<sup>38</sup> *Boletín AICA*, 7 de mayo de 1981.

<sup>39</sup> *Boletín AICA*, 21 de mayo de 1981.



Julio<sup>40</sup>. Las vigiliias se repitieron en otras fechas clave del calendario católico, tales como la Navidad o la fiesta de la Virgen. En las procesiones se cantaban cánticos que imitaban aunque sólo fuera en la métrica y en la rima a los que solían ser frecuentes en las manifestaciones políticas. En 1981, por ejemplo, en una peregrinación se coreaba: “Lo dice el Papa en cada ocasión / la fuerza del joven está en la oración” y “Con Cristo y María la Iglesia es alegría”<sup>41</sup>.

El catolicismo reunía multitudes mucho más numerosas todavía que las que solían acompañar a las Madres de Plaza de Mayo en sus consuetudinarias rondas. Es cierto de todas formas que todo este movimiento se incrementó justamente en un momento en el cual el régimen comenzaba a mostrarse más blando, luego de que se pusiera en marcha la “Multipartidaria”. Pero la movilización de los jóvenes católicos, lejos de conducir a nuevos y exitosos congresos religiosos, se encarriló con el correr del tiempo en un sentido diferente que excedía por completo el estrecho marco del universo católico: la guerra de Malvinas. En 1982 se detuvo súbitamente el impulso que el catolicismo había adquirido, en especial, desde 1978. Es cierto que tanto la Acción Católica como los diferentes obispados de todo el país se esforzaron por aportar su grano de arena a la mayúscula movilización “patriótica” que la guerra puso en movimiento, pero todos sus esfuerzos resultaban por completo insignificantes y pasaban inadvertidos ante las grandes campañas de solidaridad emprendidas ya sea por los medios de comunicación o bien gracias a la puesta en marcha de festivales de “rock nacional”. La guerra movilizó fuertemente a la sociedad argentina y activó nuevas e intensas formas de solidaridad que dejaron a la Iglesia en un verdadero segundo plano; todo lo que la Iglesia intentara era poco ante la ebullición reinante. Fue así que las movilizaciones católicas de los años de la dictadura terminaron por pasar al olvido: ante la intensa movilización bélica,

---

<sup>40</sup> *Boletín AICA*, 11 de junio de 1981.

<sup>41</sup> *Boletín AICA*, 1 de octubre de 1981.

cualquier peregrinación o congreso católico —por más grande que fuera— parecía un verdadero juego de niños.